

para que el dolor de verlo padecer y morir entre las ignominias de la Cruz, no martirizase sus afectos. Lo cual es una prueba eficaz de que el Señor San José estaba dispuesto á padecer el mismo martirio que su Esposa, Madre del Hombre Dios, y un argumento de que merece contarse entre aquellos Santos que los antiguos escritores llamaron *mártires sine sanguine*, mártires sin derramar su sangre; pues aunque padecieron por Cristo, no tuvieron la gloria de morir en testimonio de la fé.

#### CAPITULO VII.

Se pregunta ¿si se puede conceder  
al Señor San José  
la laureola de los Doctores?

**P**ARA ponerse en el número de aquellos hombres ilustres que la Iglesia reconoce por Doctores, es necesario haber estirpado ó con la lengua ó con la pluma algun error de que estaba poseido el corazon humano, ó haber establecido el dogma de nuestra fé. Algunos escritores, así

antiguos como modernos, juzgan que en el Señor San José concurrieron estas ventajosas cualidades, que lo hacen digno de esta laureola; porque dicen que el santo Patriarca, si del todo no estableció la religion católica, á lo ménos tiró algunas líneas hácia su establecimiento, como lo demuestra el oficio que tomó de anunciar á los pastores y á los magos la excelencia del Niño Dios, y á los egipcios los principios de aquella fé que se habia de levantar sobre las ruinas de sus ídolos, que ya comenzaban á sentir los efectos de la presencia del que venia á convertir sus adoraciones en desprecio. De donde es creible, que nació la poca, ó casi ninguna oposicion, que segun consta de su vida, halló San Márcos entre los egipcios cuando les fué á predicar el Evangelio. Estando en Nazaret instruyó José á sus moradores con la comunicacion de aquellas sagradas luces que le infundian las palabras y los ejemplos del Sol de Justicia Jesucristo, y con otras acciones edificantes con que este Santo, como cuadjutor del gran consejo de la redencion humana, imprimia en sus almas la piedad y los primeros sentimientos de la fé que Jesus les ha-

bia de predicar, cumplidos los treinta años de su edad.

Juan Gerson en unos versos que por sí vienen mostrando el gusto de los poetas latinos de aquel siglo, escribe, que el Señor San José disputó con un docto razonamiento sobre la verdadera religion con los ancianos de la ciudad de Tánis en Egipto. Esta noticia no confirma el pensamiento de los que juzgan al Señor San José digno de la laureola de Doctor; porque Gerson parece que se vale de las licencias comunes de los poetas para mezclar esta ruidosa controversia con los hechos verdaderos y que constan del Evangelio y de las antiguas tradiciones. Estas son las pruebas que alegan los autores referidos á favor de la laureola con que se reconocen premiados los Doctores. Teófilo Rainaudó las admite, y no obstante, dice que no convencen con sus argumentos aquellos teólogos lo que pretenden, porque se requiere otro modo de instruir al pueblo para obtener en la Iglesia la alabanza y título de Doctor. «No bastan las exhortaciones (así habla el Rainaudó) que algunas veces y con pocas palabras suelen hacer los hombres buenos; es nece-

«saria, una instruccion difusa y permanente, y «adornada de doctrinas sólidas y de discursos «no ménos eficaces que proporcionados á la enseñanza de los pueblos y á la estirpacion de «los errores. Algunos defienden, que San José «hizo todo esto que se juzga necesario para los «honores de Doctor; pero son pocos los que lo «han creido: ántes bien se persuaden á que sabiendo San José que aun no era llegada la hora de la conversion de los egipcios, se abstuvo «de hacerles elocuentes exhortaciones.» Hasta aquí Teófilo Rainaudó; pero ni este crítico ni los modernos que lo siguen, negarán que el Señor San José fué un hombre de excelente sabiduría. San Juan Crisóstomo dice con toda claridad que el Esposo de la Madre de Dios se portó en los lances más árduos de su vida como un insigne filósofo, y dando muestras de que estaba muy instruido en las máximas de esta ciencia. San Bernardo, comparándolo con aquel antiguo José, que en la corte de Egipto fué tenido por el hombre más sabio de aquel reino, dice, que José, Esposo de María y Padre de Jesus, representado en aquel valido de Faraon, tuvo en su enten-

dimiento cosas más altas. Aquel fué intérprete de sueños; este fué admitido á la inteligencia de misterios más profundos. El ilustrísimo Perez hace otra comparacion de José con los Profetas antiguos, y resuelve que José, aun durmiendo, supo más de lo que supieron los Profetas cuando estaban despiertos. El exímio Suarez prueba con el mismo Evangelio, que el Señor San José fué iluminado muchas veces con las ilustraciones de los ángeles y con revelaciones proféticas. San Hilario y Santo Tomás no dan á este insigne Patriarca los honores de Doctor, mas consideran en su ministerio una imágen de los Apóstoles. El cardenal Cameracense no le concede todas las laureolas con que son aplaudidos y honrados los Santos en la Iglesia; pero le da las gloriosas ventajas de primer Evangelista. Otros, finalmente, no le dan la gloria de Doctor, mas se la recompensan concediéndole los honores de Profeta y de Patriarca, que es un título más ilustre y más esclarecido que esta laureola; porque Patriarca, hablando del Señor San José, quiere decir, que fué tenido por Padre de aquel Jesus

que es la Cabeza de los escogidos para poseer las mayores felicidades en el Empírao.

## CAPITULO VIII.

### De las prendas y virtudes naturales del Señor San José.

**D**ios, á las personas que elige, adorna de las cualidades proporcionadas al ministerio y á la ejeucion de sus providencias. Al primer José, que fué escogido para Salvador de la monarquía de Egipto en el calamitoso reinado de Faraon, dotó de una excelente sabiduría y de todas aquellas ventajas que forman un gran ministro de estado. A Moisés señaló desde su nacimiento con un nombre que era la descripcion de su destino: le dió educacion de príncipe en el palacio de Faraon, y usando el Cielo de una adorable conducta, lo llenó por una parte de aquella mansedumbre de que necesitaba el caudillo y gefe de un pueblo mal contento y notado de cerviz dura, y por otra de una entereza y resolucion capaz de resistir á un soberano revelde á las órdenes de

Dios. El mismo talle gallardo de Moisés, dice Josefo Hebreo que era la confirmacion de aquel oráculo divino, que aun ántes de nacer, lo tenia declarado por Redentor de aquel pueblo infeliz y oprimido por más de ciento y cuarenta años.

Si tal providencia mostró Dios en sucesos que no estaban unidos con los mayores intereses de su gloria, ¿qué golpe de perfecciones no pondria su Omnipotencia en aquel José que nació para Cabeza de la Sagrada Familia? ¿Qué apacibilidad en el aspecto? ¿Qué nobleza de corazón? ¿Qué rasgos de cordura? ¿Qué modales? ¿Qué genio? ¿Qué atractivos de humanidad no brillarian en su persona? Aquel Dios que adornó á Saul y á otros de cierto esplendor de magestad que los hacia dignos de la púrpura, ¿de qué virtudes y prendas de naturaleza no enriqueceria al heredero del trono de Judea, y juntamente Esposo de la Madre de Dios y Reina del cielo y de la tierra? Fundados, pues, en la providencia de que usa la Eterna Sabiduría con los que elige para ejecutores de sus decretos, debemos persuadirnos á que en el Padre putativo de Jesus concurren á competencia las virtudes morales;

de tal suerte, que se admiraba en el Santo una modestia virginal digna de comparecer en presencia de las dos azucenas del Paraiso, y un astro sobre la tierra rodeado de tantos dones magníficos, que repartidos entre millares, pudieran hacer aun á mayores espíritus más ilustres.

Esta abundancia de virtudes y prendas naturales que pedia la eleccion del Señor San José, significó despues en su Evangelio San Mateo, quien contando en la genealogía del Esposo de la Madre de Dios muchos reyes y soberanos pontífices, segun San Juan Crisóstomo, quiso decir, que todas las virtudes y dones que se vieron esparcidos por tantos personajes, se juntaron en el Señor San José con una armonía maravillosa.

#### CAPITULO IX.

**De las otras virtudes en que el Señor San José se dejó ver más digno de admiracion.**

**E**N una palabra nos da el Espíritu Santo la más bella descripcion de las virtudes prodigiosas del dignísimo Esposo de María. Una voz

es toda la historia de su vida; pero voz que contiene acaecimientos tan gloriosos, y por su multitud tan innumerables, que se le puede en algun modo aplicar aquel lema que ponian Timantes á sus pinturas: *plus intelligitur, quám pingitur*. Se concibe más de lo que se está mirando en la pintura. La voz en esta palabra, *Justo*, con que se celebran las virtudes del Señor San José segun la verdad del Evangelio. La descripcion no puede ser más honorífica, ni contener cosas más grandes el elogio; porque este vocablo, *Justo*, puesto en el Evangelio, quiere decir, segun los sagrados espositores, que el Señor San José tuvo la perfecta posesion de todas las virtudes. Con esta palabra, *Justo*, se significan los incendios de aquel amor con que el santo Patriarca hasta el último momento de su vida acompañó á Cristo y á su santísima Madre, sin que pudieran apartarlo de tan amable compañía los trabajos, los temores y las angustias. Que es decirnos, que teniendo aquella caridad divina, que con valientes y magníficas espresiones describió despues el Apóstol de las gentes San Pablo, fué el Señor San José más digno de alabanza que Abrahan.

De este Patriarca escribe la elocuencia de San Ambrosio, que hizo más de lo que fingió la filosofia; porque siguió al Señor ántes que uno de los siete sabios de Aténas hubiera proferido aquella célebre sentencia: *sigue á Dios*. No se puede dudar que el Esposo de la Madre de Jesus hizo más; así por haber seguido á Cristo, huyendo con él á Egipto para librarlo de la muerte, como por haber salido de su patria sin que el Cielo le hubiese hecho las mismas promesas que al Patriarca Abrahan; éste siguió á Dios ántes que aquel filósofo hubiese publicado su sentencia, y el Señor San José siguió á Cristo ántes de la promulgacion del Evangelio.

Si del amor de Dios pasamos á las otras virtudes que significa esta palabra, *Justo*, en el Evangelio, hallaremos en el magnánimo corazon del Esposo de la Virgen María, una fé tan heroica y una esperanza tan constante, que llenan de admiracion y de asombro á los Doctores. ¡Oh santo y justo José, esclama el cardenal Cameracense, cómo creiste con tanta prontitud y firmeza un misterio tan elevado! San Juan Crisóstomo aplaude con estas palabras la esperanza de este

gran Santo: José, con las órdenes que tuvo del Cielo para salir huyendo de su patria para Egipto, no mudó sus antiguos sentimientos; ni siquiera le dijo al ángel: Esta retirada á Egipto es contraria á las promesas; sino que oido el aviso, sin esperar el dia y sin más prevenciones que la paciencia, se puso en camino para aquel reino que antiguamente habia sido el teatro del sufrimiento de los judíos. Las otras virtudes, todas son grandes y heróicas en su línea, y cada una en particular se ve celebrada con singulares elogios que le han consagrado las plumas más acreditadas del cristianismo. Su humildad que era la virtud dominante de su pecho, fué aplaudida de la Virgen María su santísima Esposa. *Exaltó Dios á los humildes*, dijo la Señora. ¿Y quién entre éstos fué más exaltado? ¿De qué humilde con especialidad habló María? ¿Por quién principalmente dijo la Madre de Dios estas palabras honoríficas? Las dijo por su Esposo San José, segun el cardenal Cameracense. En la obediencia y conformidad con los designios de Dios se nos muestra José tan singular y tan perfecto, que no se le halla semejante entre los hom-

bres grandes y célebres en santidad de que habla la Escritura. La prueba de esta virtud es el Evangelio. Le manda el ángel del Señor que no se aparte de su Esposa cuando pensaba dejarla, y prontamente sin representar dificultades y sin hablar una palabra, ejecuta las órdenes del Cielo. Estando en Belén se le vuelve á aparecer el ángel con otro precepto del Señor, en que le manda, que con el Niño Dios recién nacido y con la Madre, salga de aquel reino para Egipto, y que se mantenga desterrado de su patria hasta nueva orden. ¿Y qué responde al ángel? No se lee en el Evangelio otra respuesta que la ejecucion y la obediencia á los decretos del Altísimo. Ni en el camino para Egipto ni en todo el tiempo de su larga demora en aquel reino, oyó el Cielo un suspiro por la patria, ni queja alguna de sus lábios. No se portaron con tan heróica resignacion los mayores personajes de la Escritura. David, desterrado por Saul, llenó á la Arábia de sus quejas, pareciéndole siglos los dias que estuvo fuera de su patria. En sus trabajos no cesaba de pedirle á Dios con las lágrimas de sus ojos el consuelo. El Santo Job,

tenido por el ejemplar de la paciencia, pide al Señor que le manifieste las causas que tiene para juzgarlo con tanta severidad. Solo el pacientísimo José se calla en sus trabajos, llenando al cielo y á la tierra de admiracion con su obediencia y conformidad con las providencias de su Dios.

Viniendo á las cuatro virtudes cardinales, que son, la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza, diré, que fué el padre de Jesus prudentísimo en sus determinaciones, como lo mostró cuando quiso apartarse de la Virgen. Pensaba su humildad dejarla; pero ocultamente, por no esponerla á la deshonra. Quiso entrar en Judea cuando volvió de Egipto; mas sabiendo que reinaba Arquelao, se detuvo esperando luces del Cielo. Su fortaleza se está manifestando en la constancia con que toleró los muchos trabajos de su vida. Ni lo áspero y largo del camino de Egipto, ni los países desconocidos, ni la estacion inclemente del tiempo, ni la edad tierna del Niño Dios, ni lo delicado de su Madre, le sirvieron de impedimento á la ejecucion de lo que el ángel ordenaba. Su justicia se ve en el cuidado y

solicitud con que sirvió á Jesus y á María, que por eleccion de Dios estaban debajo de su sombra. Su templanza se dejó ver y admirar en una pureza inmaculada y virginal que conservó hasta el último momento de su vida. A esta virtud atribuye San Juan Crisóstomo la benignidad, la mansedumbre y la moderacion que se vieron resplandecer en el santísimo Esposo de María. Esto que hasta aquí he procurado decir, sin acertar á esplicarme por lo sublime de las acciones del Señor San José, es lo que significa aquella palabra *Justo*, con que lo dió á conocer el Evangelo. Lo que yo no he sabido explicar, dice el Padre de las Escrituras San Gerónimo, con voces generales que le dan al santo Patriarca la perfecta posesion de todas las virtudes. San Bernardino de Sena habla en particular y hace á cada una de las virtudes del Señor San José uno de los elogios con que se suelen aplaudir aquellos hechos tan superiores, que no admiten mas alabanza. Son sus palabras las que siguen. «No cabe en un entendimiento discreto «que el Espíritu Santo haya unido al alma de «una Virgen tan grande, otra alma que no le fue-

«se muy semejante en las operaciones. Por donde creo que José su Esposo fué purísimo en la virginidad, profundísimo en la humildad, ardentísimo en el amor de Dios y en la caridad, altísimo en la contemplacion, diligentísimo en la asistencia de su Esposa, etc.» Supuesto encomio tan magnífico, acabaré este capitulo con este elogio del elocuente Patriñani: «yo por mí, adoro estas virtudes y dejo á otras plumas el darles toda la claridad y esplendor que merece su brillantez, no con la tinta, sino con los rayos del sol. No es de maravillar el que yo diga que con luces se deben escribir estas virtudes, cuando la elocuencia del Nacienceno deslumbrada con el golpe de la claridad de las prerogativas y de las virtudes del Padre de Jesús, esclama: *en José, como en un sol, están repartidas todas las luces de los Santos,*»

#### CAPITULO X.

Fué el Señor San José singular en cada una de sus virtudes.

LA paciencia y fortaleza de este esclarecido Patriarca, fueron un espectáculo que la Sa-

biduría puso en el mundo para memoria á la posteridad y raro ejemplo de la constancia. Los sucesos de su vida se deben considerar como triunfo y ejercicio continuo de sufrimiento y resistencia á los infortunios que por todas partes lo combatieron. De las adversidades, que suelen derribar á los más fuertes, jamás se dejó vencer su grande espíritu; porque el Omnipotente, que usando de su adorable providencia da más hondas raíces á los árboles que están más combatidos de los vientos, fortaleció á este hombre justo con los socorros más oportunos, para resistir á los golpes con que era probada su fidelidad y su paciencia. La puntual obediencia á las órdenes del Señor, que, como ya dijimos con el Crisóstomo, se le comunicaban por su fidelidad cuando dormia, está delineada en el Evangelio. En éste leemos que José, por obedecer, emprendió una retirada espuesta á las mayores incomodidades, sin más prevenciones que una heroica resignacion en la voluntad de Dios, que le ordenaba, que dejando la patria, saliera para Egipto con el Niño Jesus y con su Madre. Hace ver lo grande y singular de la obediencia y de las otras vir-